

PROMETEUS

FILOSOFIA EM REVISTA



PROMETEUS - VIVA VOX - DFL - UNIVERSIDADE FEDERAL DE SERGIPE
Ano 4 – número 8 Julho-Dezembro / 2011

LA PERIODICIDAD Y EL USO DE LA DISCONTINUIDAD EN LA OBRA DE MICHEL FOUCAULT

Fernando Beresñak
Doutorando da Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires
Mestre em Ciências Políticas pelo Instituto de Altos Estudos Sociais - Universidad Nacional de General San Martín

Resumen: Foucault realizará sus preguntas histórico-filosóficas tratando de construir una especie particular de relato histórico que ponga en suspenso al hombre como sujeto privilegiado del mismo (poniendo también en suspenso a sus objetos de estudio). Para evitar construir -o dar por construida- de antemano la formación discursiva de sus objetos de estudio, así como de sus propias temporalidades, Foucault tratará de hacer que el mismo objeto de estudio determine su propia periodización. Así, construirá su metodología de manera tal que el objeto determine su propia modalidad de permanencia: a veces con continuidades, a veces con rupturas, a veces con desapariciones, otras con transformaciones, y otras en las que ni siquiera existe. Problematizaremos, entonces, el modo en que es elaborada esta compleja operación filosófica.

Palabras-clave: Foucault. Método. Periodicidad. Discontinuidad. Filosofía

Resumo: Foucault realizará suas perguntas histórico-filosóficas tratando de construir uma espécie particular de relato histórico que coloque em suspenso o homem como sujeito privilegiado do mesmo (pondo também em suspenso seus objetos de estudo). Para evitar construir – ou dar por construída – de antemão a formação discursiva de seus objetos de estudo, assim como de suas próprias temporalidades, Foucault tratará de fazer com que o mesmo objeto de estudo determine sua própria periodização. Assim, construirá sua metodologia de tal maneira que o objeto determine sua própria modalidade de permanência: às vezes com continuidades, às vezes com rupturas, às vezes com desaparecimentos, outras com transformações, e com outras as quais nem sequer existem. Problematizaremos, então, o modo na qual é elaborada esta complexa operação filosófica.

Palavras-chave: Foucault. Método. Periodicidade. Descontinuidade. Filosofia.

Introducción

Foucault llevará adelante sus investigaciones y sus preguntas histórico-filosóficas tratando de construir una especie particular de relato histórico que ponga en suspenso al hombre como sujeto privilegiado del mismo –y, por ende, también pondrá en suspenso a sus objetos de estudio-.

Es por eso que, por ejemplo, en vez de establecer un período de tiempo dentro del cual estudiar un determinado objeto que se considera allí existente de antemano (como por ejemplo el castigo), va a tratar de encontrar los momentos en los cuales el castigo, como tal, aún no existe, otros en los que sí existe en su propia forma y otros en los cuales el castigo, como formación discursiva, se transforma o desaparece.

Para poder evitar ser él quien construye -o da por construida- de antemano la formación discursiva de sus objetos de estudio, así como de sus propias temporalidades, Foucault tratará de hacer que el mismo objeto de estudio determine su propia periodización. Así, construirá su metodología de manera tal que el objeto determine su propia modalidad de permanencia: a veces con continuidades, a veces con rupturas, a veces con desapariciones, otras con transformaciones, y otras en las que ni siquiera existe. En este artículo problematizaremos el modo en que es elaborada esta compleja operación filosófica.

Aproximación a la periodización foucaultiana

De todas maneras, previamente debemos precisar que la periodicidad que Foucault establece en sus libros está determinada por ese momento particular (el umbral) donde se hace visible un acontecimiento o suceso,

entendiendo por tal no una decisión, un tratado, un reino o una batalla, sino una relación de fuerza que se invierte, un poder que se confisca, un vocabulario recuperado y vuelto contra los que lo utilizan, una dominación que se debilita, se distiende, ella misma se envenena, y otra que surge, disfrazada (Foucault, M., 1997, p. 48).

Este modo de concebir el acontecimiento trata de expresar una reapertura virtual en donde -eso que Foucault llamará- los períodos enunciativos, las epistemes, los dispositivos o las prácticas logran su separación -y también su unión- en una distancia que se establece mediante la construcción de esa particular noción de origen que problematizó con especial énfasis en *Distancia, aspecto, origen, Las palabras y las cosas, La arqueología del saber y Nietzsche, la genealogía, la historia..*

Ahora bien, los objetos de estudio analizados por Foucault son seleccionados en virtud de que ellos constituyen el hábitat en donde el hombre hace la experiencia de inscribirse en el tiempo como ser histórico. Es por ello que, en uno de sus últimos libros, dirá que su obra debería ser comprendida como una manera de pensar la historicidad de las diversas formas de experiencia; de ahí la importancia otorgada al estatuto de la periodicidad, así como a los elementos que la constituyen.

En ese sentido, Foucault refería a su obra de la siguiente manera:

un análisis de los “juegos de verdad”, de los juegos de falso y verdadero a través de los cuales el ser se constituye históricamente como experiencia, es decir, como una realidad que puede y debe pensarse a sí misma. ¿A través de qué juegos de verdad se permite al hombre pensar su ser propio cuando se percibe como loco, cuando se contempla como enfermo, cuando se reflexiona como ser vivo, como ser hablante y como ser que trabaja, cuando se juzga y se castiga en calidad de criminal? ¿A través de qué juegos de verdad el ser humano se ha reconocido como hombre de deseo? (Foucault, M., 2006(c), p. 13).

Tomando en consideración estas pequeñas aclaraciones, podríamos esquematizar la periodicidad de los libros de Foucault de la siguiente manera. Excepto por *Historia de la sexualidad 2* e *Historia de la sexualidad 3*, cuya periodicidad se corresponde respectivamente con los siglos IV a.c. (problematización de los filósofos y médicos en la cultura griega clásica) y I y II d.c. (problematización en los textos griegos y latinos), el resto de sus libros se concentra en los siglos XVII, XVIII y XIX –pudiendo, en algunos casos, extender algunas reflexiones hasta el siglo XX. Debemos realizar otras dos aclaraciones.

En lo que respecta a los tomos 2 y 3 de *Historia de la sexualidad*, Foucault se encarga de explicitar que ambos trabajos constituyen el análisis de determinados objetos de estudio en un período delimitado, pero que estos tendrían una periodicidad más larga de aquella que allí se estudia. Por ende, los siglos que se han mencionado en relación a

esos tomos no constituyen ni el principio, ni el fin del objeto de estudio analizado; son sólo un período que funciona como una muestra de los mismos.

En relación al resto de sus libros (*Historia de la locura en la época clásica*, *El nacimiento de la clínica*, *Las palabras y las cosas*, *Vigilar y castigar* e *Historia de la sexualidad 1* –exceptuamos *La arqueología del saber* por ser un libro metodológico-), es interesante señalar, como bien lo hace el historiador Chartier, que estos le otorgan un lugar muy particular a la revolución francesa: ni como evento disruptivo, ni

como el tiempo de una ruptura global y total, que habría reorganizado el conjunto de los saberes, de los discursos y de las prácticas. Lo esencial se sitúa allende, en los desfasajes que atraviesan la Revolución y en las continuidades que la inscriben en duraciones que la superan (Chartier, R., 1996, p. 35).

Asimismo, más allá del lugar que ocupa la revolución francesa, no debemos dejar de precisar (en contraste con los tomos 2 y 3 de *Historia de la sexualidad*) que los siglos allí mencionados sí establecen o delimitan la periodicidad de los objetos de estudio que se analizan.

Por otra parte, podemos observar que en sus diferentes libros se repite una misma lógica en relación al “estado” del objeto de estudio que se analiza a lo largo de los siglos ya señalados: así, veremos que generalmente el objeto motivo de análisis no suele estar presente en el siglo XVII (al menos en la forma específica bajo la cual luego se lo conocerá); en el siglo XVIII Foucault parece encontrarse con un momento de ebullición en donde apenas deja esbozarse la idea de que una transformación – cualquiera que ésta sea- pueda acontecer en lo relativo a los que podrían ser considerados los elementos del objeto de estudio analizado; y, en el siglo XIX, éste ya haría su aparición habiendo tomado su forma específica. Si bien aquí describimos en un orden sucesivo la aparición del objeto de estudio, esta descripción es sólo una forma de expresar la lógica que pudimos captar, y en absoluto significa que la formación discursiva que se estudie tenga una especie de teleología u orden sucesivo de acontecimientos con una coherencia tal que permita percibir la aparición del objeto como una necesidad histórica inevitable a través del tiempo.

Si bien, en principio, así es cómo Foucault periodizó sus libros, es necesario comprender la complejidad de la operación a través de la cual ello se justifica. En ese

sentido, debemos focalizar en algunos puntos un tanto problemáticos respecto del modo de implementar y comprender la noción de discontinuidad.

La noción de discontinuidad: entre la historia y la filosofía

En 1968, en un texto que fue publicado como contestación a una serie de preguntas realizadas por el Círculo de Epistemología de la Escuela Normal Superior de París, Foucault trataba de explicitar el nuevo estatuto que la noción de discontinuidad había cobrado en el último tiempo, aunque con no pocos problemas. Así lo exponía:

No debe imaginarse, confiando en la apariencia, que algunas disciplinas históricas han ido de lo continuo a lo discontinuo, mientras que otras –a decir verdad, la historia a secas- irían de la abundancia de discontinuidades a las grandes unidades ininterrumpidas. En realidad, es la noción de discontinuidad la que ha cambiado de status. Para la historia, en su forma clásica, lo discontinuo era a la vez lo dado y lo impensable: lo que se ofrecía bajo la forma de acontecimientos, instituciones, ideas o prácticas dispersas; y aquello que el discurso del historiador debía contornear, reducir, borrar para que apareciera la continuidad de los encadenamientos. La discontinuidad era ese estigma del desperdigamiento temporal que el historiador estaba encargado de suprimir de la historia. Ahora se ha convertido en uno de los elementos fundamentales del análisis histórico. En él aparece con un triple papel. Constituye, ante todo una operación deliberada del historiador (y no ya lo que encuentra, a su pesar, en el material que debe tratar): pues éste debe, por lo menos como hipótesis sistemática, distinguir los niveles posibles de su análisis, y fijar las periodizaciones que les convienen. Es también el resultado de su descripción (y no ya aquello que debe eliminarse bajo el efecto de su análisis): pues lo que busca descubrir son los límites de un proceso, el punto de inflexión de una curva, la inversión de un movimiento regulador, los límites de una oscilación, el umbral de un funcionamiento, la emergencia de un mecanismo, el instante de desorden de una causalidad circular. Es, finalmente, un concepto que el trabajo no cesa de especificar, y no ya ese vacío puro y uniforme que separa en un solo movimiento dos figuras positivas; adopta una forma y una función diferentes según el dominio y el nivel a los que se le asigne (Foucault, M., 1983, pp. 89-90).

Organicemos el recorrido de la cita expuesta a los fines de lograr un correcto análisis. En primer lugar, Foucault contrapone la historia clásica (entendida como aquélla de la modernidad) a la historia que se estaba desarrollando a mediados del siglo XX (o, para ser más claros, la que está proponiendo el mismo Foucault y un conjunto de pensadores de esa época –como, por ejemplo, la escuela de los *Annales*-).

Por otra parte, Foucault dirá que, en la historia clásica, la noción de lo discontinuo ocupaba un lugar muy cercano a aquél que ocuparan los dobles de la analítica de la finitud en las ciencias humanas (Foucault, M., 2003, pp. 295-333); se trataba de un lugar compuesto por dos conceptos, cuasi-contradictorios, aunque complementarios: -por una parte- “lo dado”, entendido como los acontecimientos, instituciones, ideas o prácticas; y -por el otro- “lo impensado”, entendido como aquello que debe contornearse, reducirse, borrarse en beneficio del encadenamiento continuista y causalista de la historia. Digamos que la discontinuidad de la historia clásica era un concepto que integraba dos dimensiones: tanto lo empírico, lo que el material histórico nos muestra –lo dado-, como lo que no se puede pensar, lo que la historia o el sujeto no puede representar –lo impensado-. Así, lo dado debería someterse a la lectura e interpretación del historiador, mientras que lo impensado gobernaba al historiador transformándolo en su operador de la siguiente manera: si el pensamiento no puede pensar cierta dimensión, debe suponerla como no existente y anularla.

Nos queda aún por realizar la compleja caracterización de la historia que se estaba intentando renovar a partir de algunos desarrollos teóricos suscitados a comienzos y mediados del siglo XX (entre los cuales debemos situar el trabajo de Foucault). En primer lugar, subrayará el papel principal que la noción de discontinuidad vino a tomar en este tipo de historia (si bien dicha noción se encontraba presente en el tipo de historia antes trabajado, allí ocupaba un lugar relegado). En segundo término, Foucault dirá que el nuevo modo de hacer historia le otorgará a la discontinuidad el siguiente triple y problemático papel:

- El historiador deberá, a modo de hipótesis, diferenciar niveles y determinar periodizaciones que serían convenientes para el tipo de análisis del objeto de estudio en cuestión; de este modo, a través de esta operación deliberada, el historiador se transforma en el constructor de su material de trabajo, y deja de ser un subordinado del material histórico (y de su “guardiana” tradición).
- Si antes la historia intentaba ocultar aquello que no podía comprender o que, de entenderse, era concebido como perjudicial para el recorrido que se intentaba desplegar, ahora los focos de los historiadores deberán apuntar a ese espacio, iluminándolo: se trata de el *límite*, el *punto de inflexión*, la *inversión*, el *umbral*, la *emergencia*, el *instante* que conmueve un proceso, una oscilación, una

curva, un movimiento regulador, un funcionamiento, un mecanismo, una causalidad, etc.

- La tercera transformación que se hace visible en dicha noción consiste en que el historiador hará uso de ella para que pueda cumplir una función tal, que logre, en el dominio y nivel elegido, dar su forma específica al espacio (antes vacío y siempre igual a sí mismo) que separa -uniendo- figuras históricas.

Antes de continuar, veamos en profundidad las implicancias de estas diferencias explicitadas por Foucault entre la historia que denomina como clásica y en la que él se ubica y propone al mismo tiempo.

Ya no habrá una especie de orden natural de dos dimensiones (lo dado y lo impensable) que gobierne la tarea del historiador; por el contrario será éste quien dirija, con un uso reglado, el trabajo. Debemos señalar que siempre e inevitablemente, en ese juego de reglas que el historiador establezca, habrá un criterio que funcionará como presupuesto determinando el trabajo (me refiero a las operaciones “deliberadas” del investigador, tales como asignar diversos niveles al análisis de un objeto de estudio, o la dirección otorgada al trabajo en función de lo que allí se intenta descubrir). De todas maneras, consideramos que estas presuposiciones tienen un estatuto distinto al del orden natural de la historia clásica, ya que, en la “nueva historia”, es el mismo investigador que realiza las tareas el que toma las decisiones que ordenarán el trabajo (las pautas no son definidas de una vez y para siempre por individuos que les resulta imposible conocer el material de trabajo de todas las disciplinas, de todos los temas y de todos los tiempos).

Es por ello que, finalmente, Foucault va a admitir que la noción de discontinuidad, incluso con las nuevas transformaciones que él intentó esclarecer,

no deja de ser bastante paradójica: es a la vez instrumento y objeto de investigación; delimita el campo de un análisis del que es efecto; permite individualizar los dominios, pero sólo se la puede establecer comparando a estos dominios; no rompe unidades sino para establecer otras nuevas; escande series y desdobla niveles; y, en definitiva, no es simplemente un concepto presente en el discurso del historiador, sino que éste, en secreto, lo supone: en efecto, ¿desde dónde podría hablar el historiador sino a partir de esta ruptura que le ofrece como objeto la historia –y su propia historia? (Foucault, M., 1983, p. 90).

Esta paradoja que se anima a explicitar Foucault no encierra la totalidad de la cuestión. El problema sustancial (sobre el cual Foucault hace su gran aporte) consiste en

la modalidad de trabajo que se implementa para afrontar esa situación tan compleja. En la interpretación de Foucault, la historia ha llegado a ser hoy “un cierto uso reglado de la discontinuidad para el análisis de las series temporales” (Foucault, M., 1983, p. 91).

Sin embargo, resta preguntarse por la legitimidad de las diversas reglas y de los diferentes usos que puedan implementarse en el trabajo histórico. *La arqueología del saber* podría entenderse como el texto más acabado en el intento por responder a estos interrogantes. De todas maneras, vale hacer constar que -en ese mismo libro- Foucault se encarga una y otra vez de decir que gran parte del trabajo que se necesita para consolidar esa teoría metodológica aún queda por inventariarse (Foucault, M., 2005, pp. 245-246).

Es necesario señalar la transformación que impulsa Foucault: ahora, el investigador debe poder construir una relación con el mundo de manera tal que logre que éste se exprese por sí mismo, que sea inducido a manifestarse y a contarnos de él; todo ello, a través de la voz de la investigación. Así, los resultados del análisis ya no serán nuestra mera –e intencionada- interpretación del mundo, ya no se tratarán de algún tipo de esencia aún no revelada que el mundo escondería. Bajo ciertas reglas de prudencia, sin que nuestra interpretación construya el resultado, el mundo nos va a expresar por sí mismo, ya no su esencia, sino su propia historia. Es más, nos va a contar su propia historia bajo una perspectiva particular; como si fuera una especie de historia subjetiva, pero ya no por parte del historiador, sino por parte de la misma trama de relaciones a partir de la cual se la analiza y se la induce a manifestarse. Esta trama de relaciones es la que el investigador se debe encargar de captar y seleccionar.

Es decir que:

1) Al investigador sólo le cabe construir una relación eficaz con su objeto de estudio; y esa eficacia estará determinada por la incentivación que produzca en el objeto, cuestión de que éste se manifieste por sí mismo. El investigador no puede actuar directamente sobre el objeto, puesto que eso sería hablar por él (construirlo o interpretarlo). Se trata de que el conjunto de operaciones de su competencia (selección de material, determinación de períodos, elección de elementos) no se realice directamente sobre el objeto de estudio, sino que las haga sobre un entramado de relaciones textuales en las cuales estaría tejido el objeto.

2) Si bien el objeto de estudio manifestará su propia historia cuando se ponga en movimiento el análisis del tejido de relaciones textuales que lo constituyen, debemos tomar en consideración que, si el investigador elige el nivel, la dimensión y la serie en donde estudiar dicho entramado de relaciones, los resultados no podrán ser inmunes a su perspectiva. De todas maneras, no se estará tomando dichos resultados como expresiones de una supuesta esencia aún no revelada u oculta eternamente; por el contrario, cualquiera podrá poner a revisión la serie textual que conformó los resultados.

Resulta necesario, entonces, relativizar la idea de Foucault como un simple discontinuista. Foucault es un filósofo que problematiza las nociones de las cuales se sirve y las tiñe de su filosofía. Podemos encontrar, en su gran cantidad de textos, múltiples observaciones que intentan -por un lado- matizar la noción un tanto problemática de la discontinuidad y -por el otro- elaborar una compleja reformulación en el modo de concebirla y trabajarla. Y todo ello, no resulta solamente de algunos comentarios realizados en el final de su obra -como muchas veces se cree.

El esfuerzo filosófico por reelaborar el juego entre la continuidad y la discontinuidad

Ya en 1969, en *La arqueología del saber*, Foucault problematizaba la relación entre la continuidad y la discontinuidad desde una perspectiva más filosófica que histórica (las citas que se utilizarán a continuación son muchas y extensas; pero consideramos que, dados los grandes, constantes e implantados malos entendidos sobre la temática en cuestión, resulta necesario reproducirlas de esta manera para así poder justificar la posición que se pretende).

El objeto de estudio que, en todas sus dimensiones, pretende hacer visible la arqueología (nos referimos a la práctica discursiva),

no es una forma ideal e intemporal que tuviese además una historia; el problema no consiste, pues, en preguntarse, cómo y por qué ha podido emerger y tomar cuerpo en este punto del tiempo; es, de parte a parte, histórico: fragmento de historia, unidad y discontinuidad en la historia misma, planteando el problema de sus propios límites, de sus cortes, de sus transformaciones, de los modos específicos de su temporalidad,

más que de su surgir repentino en medio de las complicidades del tiempo (Foucault, M., 2005, p. 198).

Foucault es determinante sobre este punto, y repite una y otra vez que es necesario tomar en consideración la relación entre continuidad y discontinuidad sin otorgarle privilegio a ninguna de las dos. En todo caso, el privilegio que por momentos parece concederle a la discontinuidad, no resulta del modo efectivo de llevar a cabo el análisis histórico, sino de una determinada manera de plantear ciertas modificaciones metodológicas, cuestión de romper con algunas premisas que por su época se encontraban sólidamente arraigadas (vale aclarar que éstas, lejos están de habernos abandonado).

Foucault suele realizar afirmaciones fuertes de manera tal que generen impacto, aunque luego se encarga de aclarar su específico significado (el cual, de todas maneras, seguirá desplegando su fuerza teórica)¹. Así, por ejemplo, Foucault afirma que el

orden arqueológico no es ni el de las sistematicidades, ni el de las sucesiones cronológicas. [Y enseguida aclara:] Pero se ve abrirse todo un dominio de interrogantes posibles. Porque, por más que esos diferentes órdenes sean específicos y tenga cada uno su autonomía, deben existir entre ellos relaciones y dependencias. Para ciertas formaciones discursivas, el orden arqueológico no es quizá muy diferente del orden sistemático; como en otros casos sigue quizá el hilo de las sucesiones cronológicas. Estos paralelismos (contrarios a las distorsiones que se encuentran en otros lugares) merecen ser analizados. Es importante, en todo caso, no confundir estas diferentes ordenaciones, no buscar en un “descubrimiento” inicial o en la originalidad de una formulación el principio del cual puede todo deducirse o derivarse; no buscar en un principio general la ley de las regularidades enunciativas o de las invenciones individuales; no pedir a la derivación arqueológica que reproduzca el orden del tiempo o ponga al día un manifiesto deductivo. Nada sería más falso que ver en el análisis de las formaciones discursivas una tentativa de periodización totalitaria: a partir de un cierto momento y durante cierto tiempo, todo el mundo pensaría de la misma manera, a pesar de las diferencias de superficie, diría la misma cosa, a través de un vocabulario polimorfo, y produciría una especie de gran discurso que se podría recorrer indistintamente en todos los sentidos. Por el contrario, la arqueología describe un nivel de homogeneidad enunciativa que tiene su propio corte temporal, y que no lleva con él todas las demás formas de identidad y de diferencias que se pueden señalar en el lenguaje; y a ese nivel, establece una ordenación, unas jerarquías, todo un brotar, que excluyen una sincronía masiva, amorfa y dada globalmente de una vez para siempre. En esas unidades tan

¹ Un claro ejemplo de la lógica foucaultiana lo podemos encontrar sobre el final de *Las palabras y las cosas*, cuando afirma el inminente fin del hombre (Foucault, M., 2003, p. 375).

confusas a las que llaman “épocas”, hace surgir, con su especificidad, “períodos enunciativos” que se articulan, pero sin confundirse con ellas, sobre el tiempo de los conceptos, sobre las fases teóricas, sobre los estadios de formalización, y sobre las etapas de la evolución lingüística (Foucault, M., 2005, pp. 248-249).

Si bien *La arqueología del saber* es un texto bastante crítico, consideramos que muchas de las temáticas que allí se abordan, y que son fundamentales para una correcta comprensión del proyecto foucaultiano, resultan lo suficientemente claras. Veamos algunas de ellas.

Hemos visto que ni la continuidad, ni la discontinuidad, son las únicas herramientas que utiliza Foucault. En ese sentido, hay que precisar que éstas son determinadas por el entramado textual en donde se encuentra tejido el objeto de estudio; es decir que no lo determina directamente quien construye el relato.

Asimismo, Foucault deja entrever la posibilidad de encontrar una temporalidad bien delimitada (lo que no quiere decir “pura”) para cada nivel de análisis posible de los diversos objetos de estudio.

Esta afirmación implica aceptar que los elementos de un objeto de estudio de un nivel de análisis determinado, en el caso de que también formen parte de otro objeto de estudio podrían terminar participando de temporalidades diversas (como, por ejemplo, podría ser el caso del concepto “inconciente”, el cual participó de la historia de la filosofía, pero también de la historia del psicoanálisis). Esta lógica, más allá de haberla expresado en el nivel de los enunciados, o ejemplificado con algún concepto, también resulta plenamente aplicable a las, luego llamadas, “prácticas” que estudiará Foucault.

Observamos la complejidad de este tipo de análisis histórico cuando comprendemos que estamos presenciando una doble y efectiva posibilidad: por un lado, que si se llevaran adelante diversos estudios sobre el mismo objeto de estudio en cada uno de sus posibles niveles de análisis, podríamos notar que en él conviven varias temporalidades, con periodicidades diversas; y, por el otro, que diversos objetos pueden compartir elementos (sean estos conceptuales o de otro tipo), los cuales tendrían diversas temporalidades, en función del lugar que ocupan en cada uno de esos objetos.

Así, podríamos hacer referencia a objetos de estudio “multitemporales” (como por ejemplo el discurso psicoanalítico) y a elementos (conceptuales o de otro tipo) no sólo “multitemporales”, sino también “multiobjetuales” (es decir, que forman parte de diversos objetos).

Las palabras de Foucault resultan determinantes al momento de establecer la dinámica que atraviesa todo enunciado; es decir, al momento de describir el hábitat del objeto de estudio de la arqueología: así, esta

materialidad repetible [aunque siempre en condiciones estrictas] que caracteriza la función enunciativa hace aparecer el enunciado como un objeto específico y paradójico, pero como un objeto, a pesar de todo, entre todos los que los hombres producen, manipulan, utilizan, transforman, cambian, combinan, descomponen y recomponen, y eventualmente destruyen. En lugar de ser una cosa dicha de una vez para siempre –y perdida en el pasado como la decisión de una batalla, una catástrofe geológica o la muerte de un rey–, el enunciado, a la vez que surge en su materialidad, aparece con un estatuto, entra en unas tramas, se sitúa en campos de utilización, se ofrece a trasposos y a modificaciones posibles, se integra en operaciones y en estrategias donde su identidad se mantiene o se pierde. Así, el enunciado circula, sirve, se sustrae, permite o impide realizar un deseo, es dócil o rebelde a unos intereses, entra en el orden de las contiendas y de las luchas, se convierte en tema de apropiación o de rivalidad (Foucault, M., 2005, pp. 176-177).

En la obra de Foucault, el juego de la filosofía consiste en depositar los rayos de luz sobre las regiones olvidadas, descuidadas o, incluso, nunca observadas ni visitadas. Sus preguntas son la consecuencia directa, el reflejo, de su luminosidad filosófica.

La elaboración teatral e histórica alrededor de la continuidad o discontinuidad: una posición filosófica

Estas mismas ideas, aunque explicitadas en lo relativo a sus consecuencias socio-políticas, fueron expresadas filosóficamente en la conferencia de 1971 titulada *Nietzsche, la genealogía, la historia*:

En cierto sentido, la obra representada en ese teatro sin lugar siempre es la misma: la que repiten indefinidamente los dominadores y los dominados. (...) La relación de dominación ya no es una “relación”, como tampoco es un lugar el lugar en el que se ejerce. Y por eso precisamente, en cada momento de la historia, se fija un ritual; impone obligaciones y derechos; elabora cuidadosos métodos. Establece marcas, grava recuerdos en las cosas y hasta en los cuerpos; se hace responsable de las deudas. Universo de reglas que no está destinado a atenuar sino, a contrario, a satisfacer la violencia. Sería equivocado creer, según el esquema tradicional, que la guerra general, agotándose en sus propias contradicciones, acaba por renunciar a la violencia y acepta suprimirse en las leyes de la paz civil. La regla es el placer

calculado del ensañamiento, la sangre prometida. (...) La humanidad no progresa lentamente de combate en combate hacia una reciprocidad universal, en la que las reglas sustituirán, para siempre, a la guerra; instala cada una de estas violencias en un sistema de reglas, y va así de dominación en dominación (Foucault, M., 1997, pp. 38-40).

Podemos observar que vuelve a ser claro respecto de la ausencia de cierta especie de continuidad evolutiva o de una lenta clarificación sobre alguna verdad en la historia; en todo caso, ésta no será más que un proceso por siempre inacabado de lucha de fuerzas. Así, las continuidades o discontinuidades se establecerán de acuerdo a los cortes emergentes que, a determinado nivel y sobre determinado objeto, resulten significativos para la investigación que se pretenda.

El problema, evidentemente, surge cuando nos preguntamos qué sería aquello que tendría la propiedad de ser suficientemente determinante como para generar un corte en la historia del objeto que se está investigando; y así generar discontinuidad. La respuesta que nos ofrece Foucault, si bien no deja de ser cierta, no nos aloja sobre un terreno mucho más firme. Simplemente nos recordará que ese objeto de estudio es, asimismo, objeto de la incesante lucha de interpretaciones entre dominados y dominadores. Así lo explicita Foucault:

si interpretar es apropiarse, violenta o subrepticamente, de un sistema de reglas que en sí mismo no tiene significación esencial, e imponerle una dirección, plegarlo a una nueva voluntad, hacerlo entrar en otro juego y someterlo a reglas secundarias, entonces el devenir de la humanidad consiste en una serie de interpretaciones. Y la genealogía debe ser su historia (...) Se trata de hacerlas aparecer como acontecimientos en el teatro de los métodos (Foucault, M., 1997, pp. 41-42).

Si bien en esa lucha de interpretaciones el objeto de estudio sufrirá transformaciones diversas, muchas veces las mismas suceden en elementos que no son lo suficientemente importantes como para alterar la especificidad del objeto. De todas maneras, sea sustancial o no el movimiento percibido, será necesario que el investigador se rija por el principio metodológico señalado por Foucault; el cual sugiere que estos hagan aparecer los objetos de estudio, y sus respectivas temporalidades, por sí mismos.

¿Cómo lograrlo? En primer lugar, a través de una construcción precisa de la serie textual que constituye el tejido donde habita el objeto de estudio. En segundo término, manteniéndose atento a las transformaciones que se dan en los diversos niveles

en los cuales se puede estudiar ese objeto de estudio. Como tercera medida, tomando en consideración las transpolaciones que pueden sufrir algunos elementos entre diversos objetos de estudio. Finalmente, haciendo visible las estrategias de las cuales se sirven, así como los efectos resultantes de la lucha de interpretaciones. Todo ello, de manera tal que sus posiciones filosóficas generen una imagen precisa y eficaz del campo (o teatro) de batalla.

A continuación veremos dos análisis de Foucault (uno de 1978 y otro de 1984) que no sólo vuelven a matizar la idea de que es un pensador plenamente discontinuista, sino que permiten comenzar a reformular filosóficamente esa misma categoría –así como la noción de continuidad-.

1978: Sobre la particularidad y complejidad de cierto registro histórico –y filosófico

Una excelente perspectiva de los diversos niveles en los cuales se puede situar una investigación histórica-filosófica, se hace visible en la clase del 15 de febrero de 1978, en donde, haciendo referencia a la historia del pastorado, Foucault dice:

Creo que con esta institucionalización de una religión como Iglesia se forma –y debo decirlo de manera bastante sucinta, al menos en sus grandes líneas- un dispositivo de poder sin paralelo en ningún otro lugar, y que no dejó de desarrollarse y afinarse durante quince siglos, digamos desde el siglo II o III hasta el siglo XVIII. Ese poder pastoral [...] sin duda sufrió considerables transformaciones a lo largo de esos quince siglos de historia. Es innegable que fue desplazado, dislocado, transformado, integrado a diversas formas, pero en el fondo jamás fue verdaderamente abolido. Y cuando señalo el siglo XVIII como final de la era pastoral, es verosímil que me equivoque una vez más, pues de hecho, en su tipología, su organización, su modo de funcionamiento, el poder pastoral que se ejerció como poder es a buen seguro algo de lo cual todavía no nos hemos liberado (Foucault, M., 2006(a), p. 177).

La pregunta, sin embargo, continúa latiendo: ¿qué es aquello que resulta lo suficientemente importante como para determinar una transformación en el objeto de estudio?

El caso del poder pastoral es un claro ejemplo de la posibilidad de observar en un mismo objeto algunas alteraciones (transformaciones, desplazamientos, dislocamientos, traslados, etc.) en un determinado nivel, lo que haría suponer que el

poder pastoral ya no existiría bajo la misma forma, debiéndolo nombrarlo nuevamente - y de manera diferente-. Sin embargo, también es posible observar que a otro nivel –que, en este caso, Foucault lo sitúa en la tipología, la organización y el modo de funcionamiento- esas alteraciones no fueron lo suficientemente importantes como para tener que referirnos al “poder pastoral” de otra manera.

Resulta claro que el interés del investigador tendrá una fuerte influencia en la respuesta que se dé a la pregunta sugerida. Así, se desprende de la cita que, en el objeto de estudio particular que está analizando Foucault, lo que determina la importancia de las transformaciones son su tipología, su organización y su modo de funcionamiento.

Obviamente que, si continuamos en esta perspectiva, habría que determinar para cada objeto cuáles son sus elementos de importancia, lo que nos remitiría al enorme problema de cómo llevar adelante tal operación. Sin embargo, podemos notar que, en la metodología de Foucault, siempre existió un particular interés por la tipología, el modo de funcionamiento y la organización de los objetos analizados (lo que podría traducirse como la relación saber-poder y sus respectivas prácticas, siendo la descripción la organización de conjunto. De esta manera, podemos afirmar que, en la investigación histórico-filosófica foucaultiana, aquello que tiene la importancia de determinar una transformación, y así la posibilidad de cambiar el modo de referirnos al objeto, es el conglomerado resultante de su tipología, su modo de funcionamiento y su organización.

Surge entonces el problema de cómo proceder en lo que respecta al nombramiento de aquel objeto que haya sufrido una alteración sobre sí mismo. ¿Se lo nombra de manera idéntica, de manera similar o de un modo totalmente diferente?

Es el investigador quien tiene la facultad (y esta función es clave) de denominar al objeto de estudio, por ejemplo, con la letra “A” y, luego de observar un cambio en el mismo, seguir poniéndole el mismo nombre por considerar la alteración poco importante (no cambia lo fundamental del objeto; sigue siendo “A”); o ponerle el mismo nombre pero con alguna aclaración, como por ejemplo “A.1.”, por considerarlo una modificación notable aunque no determinante en lo sustancial del objeto; o bien ponerle un nombre diferente, como podría ser “B”, por considerar el cambio una verdadera transformación -sumamente relevante- ya que cambia lo sustancial del objeto de estudio (el objeto de estudio –“A”- ha dejado de serlo; ahora es otro –“B”-).

Asimismo, la situación se podría complejizar aún más si tomamos en consideración que un mismo objeto de estudio puede haber sufrido una transformación

sustancial en uno de sus elementos, y en otros mantenerse en forma idéntica; así como también podrían presentarse otras situaciones en donde no se correspondan las alteraciones en los posibles niveles de análisis y en los diversos elementos que componen al objeto.

Sin dejarse arrastrar por la vía que nos dirige a la afirmación de que esta problemática no es más que un mero juego de palabras -o de nombres-, debemos preguntarnos: ¿Se trata simplemente de describir determinadas transformaciones en el objeto, haciendo caso omiso a los nombres que se le podrían otorgar al mismo, tanto antes como después de que aquéllas sucedieran? O, el hecho de que el objeto resultante de una transformación lleve el mismo nombre que aquél que llevara en su estado anterior, ¿tiene repercusiones en el modo en que el hombre comprende la historia –y, por ende, el modo de llevar adelante el análisis histórico-? ¿Es en el nombre donde reside toda la cuestión?² ¿Cómo podemos saber que el objeto cambió (siendo esto aún más complejo para las futuras generaciones) si lo llamamos del mismo modo?

² Dada la importancia del tema, y la imposibilidad de abarcarlo en su total complejidad, consideramos prudente, al menos, enmarcar la problemática del “nombre”, a partir de la cual Foucault decidió arriesgar sus reformulaciones metodológicas (y, junto a ellas, sus respectivas implicancias). Según hemos visto, esta cuestión, del modo en que nombramos y re-nombramos las cosas, no es en absoluto indiferente ni al modo en el que las pensamos, ni, por ende, al modo en que hacemos los análisis históricos.

Sobre esta temática, y tomando en consideración el conocimiento que Foucault tenía de la misma, nos vemos obligados a referir a las palabras de Heidegger cuando, en el texto denominado “Protocolo de un seminario sobre “Tiempo y ser””, nos indica que “*La metafísica es la historia de las acuñaciones del ser*, esto es, mirado desde el acaecimiento apropiador, la historia del retirarse del destinante a favor de las destinaciones dadas en el destinar de un dejar en cada caso el estar presente de lo que está presente. La metafísica es el olvido del ser” (Heidegger, M., 2006, p. 61; la cursiva nos pertenece). Si bien no es nuestra intención dar cuenta -ni problematizar- sobre el pensamiento heideggeriano al respecto (aquí nos mantenemos en la órbita de Foucault), nos parecía adecuado mencionar los vínculos -ya señalados por el filósofo alemán- entre la metafísica y la problemática del nombre destinante, para así poder comprender las complejas implicancias de las reformulaciones metodológicas de Foucault.

Asimismo, es sabido que los textos de Heidegger fueron unas de las lecturas más habituales de Foucault (Foucault, M., 1999, p. 388); incluso, a partir de algunas referencias que el mismo filósofo francés nos ofrece, es posible deducir que Foucault llegó a Nietzsche a través del libro *Nietzsche* de Heidegger. Es en ese sentido que no sería difícil ubicar a Foucault en la herencia del párrafo sexto de *Ser y tiempo*, el cual indica “El problema de una destrucción de la historia de la ontología” (aunque siempre que por eso se entienda, un pensar a partir de Heidegger, y no junto a él – Foucault, M., 2006(b), p. 188-189-). Sin embargo, resulta interesante señalar el modo a través del cual Foucault logra distanciarse de Heidegger. Veamos el modo en que lo expone el mismo autor: “Hay quienes suelen hacer la historia desde el punto de vista del olvido del Ser [En la nota al pie, el editor dice lo siguiente: “Alusión a la problemática heideggeriana, que, en un debate con Giulio Preti, Foucault asocia a la de Husserl al reprochar a ambos la actitud de poner “en cuestión todos nuestros conocimientos y sus fundamentos [...] a partir de lo que es originario [...] a expensas de todo contenido histórico articulado”...”]: en cuanto lo hacen valer como categoría fundamental de la historia de la verdad, esta gente se sitúa de entrada en los privilegios del conocimiento, es decir que el olvido sólo puede producirse contra el telón de fondo de la relación admitida y postulada de una vez por todas del conocimiento. Y por consiguiente, me parece que, en sustancia, no hacen sino la historia de una de las dos series que intenté identificar: la serie de la verdad apofántica, la verdad descubierta, la verdad constatación, demostración, y se sitúan dentro de esa sucesión. Lo que quería hacer, y lo intenté los años anteriores, es una historia de la verdad a partir de la otra serie; es decir, tratar de privilegiar esta tecnología, ahora fundamentalmente rechazada, encubierta, desechada, esta tecnología de la verdad acontecimiento, la verdad ritual, la verdad relación de poder, frente a y contra la verdad descubrimiento” (Foucault, M., 2007, pp. 271-273).

Será por ello, seguramente, que Foucault pensará el origen del objeto de estudio como invención, a partir del nombre, de su -diferente- (re)nombramiento: no sólo origen-invencción sino también nombre-invencción.

Consideramos que muchas respuestas de Foucault al respecto se encuentran signadas por esta compleja temática de la transformación, del objeto, del nombre y de la tradición, todo lo cual está lejos de ser resuelto.

Por otra parte, y en lo que respecta específicamente a Foucault, el hecho de plantear una discontinuidad radical en el nombre entre dos estados distintos de un mismo objeto –o, lo que tal vez vendría a ser lo mismo, entre dos objetos distintos- (A diferente de B), ¿implica desconocer que uno de ellos es una transformación del otro en un nivel histórico bien determinado? ¿Hasta qué punto de detalle podríamos sostener que la transformación es una discontinuidad? Y aún más claro, ¿hasta dónde podríamos seguir afirmando que la transformación resulta en una mera continuidad?

De todo lo analizado, resulta claro que no se puede seguir afirmando, sin más, la continuidad, ni tampoco la discontinuidad de los objetos de estudio. El análisis histórico requiere que el investigador se exponga, o bien haciendo las especificaciones del caso, o bien generando una imagen precisa de las transformaciones suscitadas en los diversos niveles y elementos del objeto de estudio, lo que en definitiva sería una posición más problematizadora o filosófica de la cuestión. Si bien consideramos que esta última vía es la que eligió Foucault en sus libros, también debemos señalar que muchas fueron las veces que se propuso realizar especificaciones (aunque tal vez no hayan sido suficientes para la cantidad de innovaciones que le presentaba a su época).

Comprendemos así que no es objetable la investigación histórico-filosófica de Foucault en sí misma, ya que quien quiera encontrar esas transformaciones, esas diferencias, sus grados de continuidad y de discontinuidad, no tendrá más que dedicar un tiempo sustancial (sin duda necesario) a la lectura completa de sus textos. Cualquier objeción histórica a Foucault, bajo el prisma demasiado reducido de la mera y plena utilización de la discontinuidad, es insuficiente y poco serio. Lo que no excluye la posibilidad –seguramente necesaria- de continuar problematizando la cuestión del nombre y de la diferencia en un marco adecuado. Por lo demás, consideramos que muchas objeciones a Foucault relativas a la discontinuidad o continuidad se resolverían con una adecuada diferenciación de las dos órbitas que componen la objeción a su proyecto histórico-filosófico; nos referimos -por un lado- a la compleja temática del nombre y -por el otro- a la problemática de la eficiente utilización de las nociones de discontinuidad y continuidad.

Así parece concebirlo Foucault cuando, en las líneas siguientes a haber enunciado la posible continuidad del poder pastoral –desde el siglo II o III hasta nuestros días-, se toma el trabajo de realizar la siguiente aclaración:

Esto no significa que haya sido una estructura invariante y fija a lo largo de los quince, dieciocho o veinte siglos de historia cristiana. Podemos decir incluso que ese poder pastoral, su importancia, su vigor y la profundidad misma de su implementación se miden por la intensidad y la multiplicación de las agitaciones, revueltas, descontentos, luchas, batallas y guerras sangrientas que se produjeron en él, por él y contra él (Foucault, M., 2006(a), pp. 177-178)³.

1984: Sobre los elementos y niveles de cierto registro histórico -filosófico-

En 1984⁴, en la “Introducción” a *Historia de la sexualidad 2*, Foucault se refiere al modo de delinear filosóficamente los marcos históricos, así como los niveles y elementos de los objetos que se propone analizar. Allí, en relación a las morales sexuales de la Antigüedad pagana y cristiana, Foucault va a destacar que la elección de método para su estudio implicó:

conservar en su espíritu la distinción entre los elementos de código de una moral y los elementos de ascesis; no olvidar su coexistencia ni sus relaciones ni su relativa autonomía ni sus posibles diferencias de énfasis; tener en cuenta todo lo que parezca indicar el privilegio, en estas morales, de las prácticas de sí, el interés podía presentárseles, el esfuerzo hecho para desarrollarlas, perfeccionarlas y enseñarlas, el debate que se planteara acerca de ellas. *Aunque llegáramos a transformar así la cuestión con tanta frecuencia planteada acerca de la continuidad (o de la ruptura) entre las morales filosóficas de la Antigüedad y la moral cristiana; en lugar de preguntarnos cuáles son los elementos de código que el cristianismo pudo tomar del pensamiento antiguo y cuáles son los que ha sumado por propia iniciativa, para definir lo que está permitido y lo que está prohibido en el orden de una sexualidad considerada constante, convendría preguntarse cómo, bajo la continuidad, la transferencia o la modificación de los códigos, las formas de la relación consigo mismo (y las prácticas de sí que se le vinculan) han sido definidas, modificadas, reelaboradas y diversificadas (Foucault, M., 2006(c), pp. 37-38; la cursiva nos pertenece).*

³ Asimismo, resulta conveniente destacar que, aquí, nuevamente encontramos a la lucha y a la violencia –ya enunciados en 1971- como ejes sobre los cuales se desenvolvería la historia. Luego, en *Vigilar y castigar* de 1975 y en *Historia de la sexualidad 1* de 1976, se puede observar que Foucault conceptualizará esa violenta lucha bajo una “inmanente lucha de relaciones de fuerza”.

⁴ Aquí tratamos el segundo ejemplo que permite matizar la idea de un Foucault plenamente discontinuista, así como repensar la noción y el uso de la discontinuidad.

Resulta notable la complejidad que logra otorgar Foucault al análisis histórico-filosófico que pretende. Aquí, es aún más clara la necesidad de situar los elementos que se van encontrando en la investigación en el lugar que les corresponde; así como también de especificar las relaciones que unos mantienen con otros.

Por otra parte, es de destacar el valioso aporte que realiza Foucault al mostrar la posibilidad de poner en relación (“de jugar”) con los diferentes niveles de análisis que permite explicitar el objeto de estudio en cuestión. Así, vemos que nuestro autor decide situarse en el nivel de las definiciones, reelaboraciones y diversificaciones de las formas “morales” de relación consigo mismo, sin prestar especial atención al nivel en el que se dan las continuidades, transferencias o modificaciones de los códigos⁵.

Consideraciones finales

Es momento de destacar aquellas conclusiones que consideramos centrales en lo relativo a las operaciones metodológicas del proyecto histórico-filosófico de Foucault.

Como hemos visto, la problemática de las reformulaciones metodológicas en Foucault (y en muchos de sus contemporáneos) estaban teñidas por el fantasma de la “mano deliberada del investigador”; esto es, ¿cómo hacer para que los resultados de la investigación que se intenta llevar a cabo, y que ya se sabe –y se acepta-, tienen fuertes implicancias políticas, no lleve -sin embargo- a un relativismo tal que haga de todo resultado un mero “capricho” de aquél que investiga?

Foucault encontró en algunas de sus ideas más filosófica un posible camino para intentar sortear esos obstáculos. Así, propuso la idea de que todo objeto de estudio no sea más que una determinada matriz de relaciones de fuerza en conflicto, debiendo el

⁵ Foucault se encarga de justificar el nivel de análisis -que le permite establecer la continuidad señalada- de la siguiente manera: “No estamos diciendo que los códigos carezcan de importancia ni que permanezcan constantes. Pero podemos observar que finalmente dan vueltas alrededor de algunos principios bastante sencillos y bastante poco numerosos: quizá los hombres no inventan mucho más en el orden de las prohibiciones que en el de los placeres” (idem, pág. 38).

Por otra parte, el hecho de que Foucault asocie la simple y escasa variabilidad de los principios que rigen los códigos a la poca creatividad de los hombres (en lo que respecta, al menos en este caso, a las prohibiciones y los placeres), nos permite arriesgar la hipótesis (que será necesario analizar con mayor profundidad en otra instancia) de que nuestro autor, al menos en ciertos registros históricos que por momentos utiliza, no se ha podido desprender de una modalidad histórica que consiste en considerar a los hombres –y a las instituciones que ellos dirigen-, sino como ejes privilegiados de la historia, al menos sí con una fuerte y primordial presencia en los relatos que serían necesarios o relevantes contar para nuestras sociedades.

Sin embargo, también es preciso matizar esta dependencia histórica de las prohibiciones y de los placeres a la creatividad o invención de los hombres, ya que como dijimos en reiteradas ocasiones (en el pensamiento histórico de Foucault) lo que determina el nacimiento de las cosas, en definitiva, es el azar de la lucha inmanente de las relaciones de fuerza. Otro punto de fundamental importancia para nuestra investigación, será analizar en profundidad esta cuestión, así como el lugar del hombre en esas relaciones de fuerza.

investigador ya no decir lo que tal objeto es, sino el modo a través del cual éste funciona en su entramado de relaciones, de modo tal que el objeto de estudio haga su aparición por sí mismo. Las operaciones que conducen a tal fin, como vimos, son las siguientes:

En primer lugar, dado que el objeto de estudio es una matriz de relaciones de fuerza en conflicto, y que el campo de ésta podría extenderse enormemente, el investigador debe recortar el campo a través de una precisa y bien delimitada serie textual.

El segundo paso, consiste en estudiar y analizar esta serie, así como los diversos vínculos que mantienen con otras posibles series que también sean precisas y delimitadas; así, la mano del investigador sólo estará activando las relaciones que constituyen al objeto de estudio, pero no directamente a éste; de esta manera, el objeto podrá hacer su aparición por sí mismo, en la especificidad que le es propia.

Si bien estas operaciones no permiten borrar la presencia -no neutral- del investigador (lo cual parecería imposible de lograr), al menos sí crean un marco restringido de operación donde éste actuará; asimismo, permiten mantener una prudente distancia con lo que resulta ser su específico objeto de estudio.

En último término, cabe señalar también la importancia otorgada -en este tipo de investigación histórico-filosófica- al nivel de análisis que permiten la tipología, el modo de funcionamiento y la organización de los objeto de estudio. De modo tal que es dicho nivel de análisis el que parece determinar las -llamadas- transformaciones en el objeto.

Frente a la usual posibilidad de realizar la historia de lo mismo, aunque agregando matices -siempre insuficientes- a la misma, la elección de este nivel -por parte de Foucault-, el cual genera ciertos grados de discontinuidad, implica una elección metodológico-política que permite habilitar el pensamiento. De otro modo, no sería posible pensar la historia en su radicalidad y en su dispersión; y, junto con ella, se vería anulada la posibilidad de reflexionar lo que en ella acontece. La historia de lo mismo, la historia que privilegia la continuidad y no establece grados, ni diferencias, nos llevaría a pensar que lo que somos, lo que hacemos y la lógica de gobierno que tenemos serían algo así como leyes inalterables. Ese tipo de historia es, ineludiblemente, cómplice del orden existente -sea el que sea-.

Igual de improductivo para el pensar sería el caso de una historia plenamente discontinuista que no estableciera conexiones y fuera el producto de, o bien el capricho del investigador, o bien el producto de un azar que no estuviera enmarcado en una

problematización o teorización al respecto. Lamentablemente, Foucault ha sido ubicado muchas veces bajo ésta única modalidad de relato histórico y ha sido fuertemente cuestionado por ello. Justamente ese fue uno de los motivos por los cuales nos pareció necesario reflexionar en mayor profundidad sobre el posicionamiento filosófico de Foucault al respecto.

Todas las formas de la discontinuidad (sea una ruptura, una pausa, un quiebre, u otras), si bien no necesariamente deben ser explicadas -causísticamente-, al menos sí deben ser pasibles de comprensión en un marco teórico (quizás, más filosófico) adecuado a tal fin y que capaz de explicitar su uso y lugar. Estamos convencidos que es en esta última dirección, y no en las anteriores, en donde Foucault se situó e investigó, ofreciendo también, en ese camino, la vasta e importantísima serie de aportes que ya hemos analizado para continuar en la construcción de ese marco teórico.

Es por todo ello que consideramos sumamente relevante indagar en el campo filosófico abierto por esta paradógica y reformulada noción de discontinuidad, así como sus respectivos “juegos” con la continuidad.

Solamente prestando atención a sus diferentes niveles, elementos y temporalidades, será posible captar el particular estatuto filosófico que allí adquieren los “objetos” de estudio y sus respectivos “sujetos” en la obra de Foucault.

Referencias bibliográficas

CHARTIER, R. *Escribir las prácticas. Foucault, De Certeau, Marin*. Buenos Aires: Ed. Manantial, 1996.

FOUCAULT, M. Contestación al Círculo de Epistemología. IN: TERÁN, O. (compilador). Michel Foucault. El discurso del poder. México: Folios editora, 1983

------. *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Ed. Siglo XXI Editores, 1975

------. *Nietzsche, la genealogía, la historia*. Valencia: Ed. Pre-Textos, 1997

------. El retorno de la moral. IN: Estética, ética y hermenéutica. España: Ed. Paidós, 1999

------. *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentinas, 2003

------. Distancia, aspecto, origen. IN De lenguaje y literatura. Barcelona: Ed. Paidós Ibérica, 2004

- . *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Ed. Siglo XXI Editores, 2005
- . *Seguridad, territorio y población. Curso en el Collège de France (1977-1978)*. Buenos Aires: Ed. Fondo de Cultura Económica, 2006(a)
- . *Hermenéutica del sujeto. Curso en el Collège de France (1981-1982)*. Buenos Aires: Ed. Fondo de Cultura Económica, 2006(b)
- . *Historia de la sexualidad 2, El uso de los placeres*. Buenos Aires: Ed. Siglo XXI, 2006(c)
- . *El poder psiquiátrico. Curso en el Collège de France (1973-1974)*. Buenos Aires: Ed. Fondo de Cultura Económica, 2007
- HEIDEGGER, M. *Tiempo y ser*. Madrid: Ed. Tecnos, 2006.